

Capítulo LIII.

Una mentira necesaria.

La Providencia queria hacer á Colon completamente digno de la aureola de gloria con que debia pasar su nombre á la posteridad.

No era bastante lo que habia sufrido: aún necesitaba ejercitar la bondad de su alma en nuevas y dolorosas luchas.

Obligado á permanecer en la costa de Jamáica, á ver sus veleras naves convertidas en el asilo inmóvil de un puñado de náufragos, combatido al mismo tiempo por sus enfermedades, no contaba en aquellos momentos de angustia más que con tres hombres verdaderamente adictos á su persona.

Estos eran su hijo Fernando, su hermano Bartolomé y un jóven marino que habia nacido como él

en Génova, y habia desempeñado el mando de una de las carabelas.

El último se llamaba Bartolomé Fiesco.

Todos los demás eran enemigos más ó menos encubiertos del almirante, le atribuian la culpa de su angustiosa situacion, y se olvidaban de la inmensa gloria que habia alcanzado al conquistar el nuevo mundo, el país tan fecundo en oro que acababan de descubrir, al verse allí amarrados á una costa por las duras cadenas de la necesidad, y sin poder siquiera saquear las moradas de los indios, que aunque cumplieran los pactos que habian hecho con Diego Mendez, no los llevaban más provisiones que las puramente precisas para que no se murieran de hambre.

El impetuoso carácter del adelantado los contenia; pero entre ellos murmuraban de Colon y todo hacia creer que la fatalidad reunia en torno del gran hombre los elementos de su ruina.

Colon, cuya penetracion era siempre superior á la de todos los que le rodeaban, no se hacia ilusiones: veia la desesperacion pintada en el semblante de todos sus compañeros, y esperaba con ansiedad febril la llegada de los buques que habia pedido á Ovando, único medio de contener á aquellos hombres desalmados.

La llegada de Diego, que, como hemos dicho antes, le anunció el centinela, le sorprendió en extremo.

Inmediatamente mandó llamar á su hijo Fernando.

—Sal,—le dijo,—al encuentro de Diego Mendez,

y que no hable con nadie hasta que le haya visto yo.

Fernando corrió á cumplir las órdenes de su padre.

Pero las canoas se habian puesto ya en marcha, y no tardaron los tripulantes de ellas en acercarse á Diego y asediarse á preguntas.

Afortunadamente, si Mendez era valiente soldado, no era ménos astuto diplomático, y comprendió el papel que debia desempeñar en aquellas circunstancias.

—¿Qué quiere decir tu llegada?—le preguntaron unos.

—¿Has estado en Santo Domingo?

—¿Has hablado al gobernador?

—¿Qué esperanza nos traes?—le preguntaron otros.

Diego Mendez sacó fuerzas de flaqueza, y mostrando un semblante risueño, hizo con el gesto primero, y despues con la palabra creer á todos que se acercaba el momento de abandonar aquella costa para emprender el suspirado viaje á la Península.

Fernando indicó al soldado que el almirante deseaba verle.

—Yo tambien lo deseo,—contestó Mendez;—pero como las noticias que traigo son satisfactorias y pueden oír las todos, pedidme la vénia para que entren conmigo en su camarote todos los circunstantes.

El ilustre marino comprendió la oportunidad de aquel deseo, y accedió á él.

—Hablad... hablad delante de todos,—le dijo des-

pues de estrechar su mano y de comprender por la manera de estrechar la suya que tuvo Mendez el crédito que debia dar á sus palabras.

—Llegué felizmente á Santo Domingo, pero llegué yo solo.

—¿Sólo vos?

—Una furiosa tempestad volcó la canoa, y con ella se sumergieron mis pobres camaradas; pero Dios quiso que yo pudiera tener fuerzas para salir hasta la superficie, y nadando llegué á Santo Domingo.

—¿Entregásteis mi carta al gobernador?

—No por cierto... la llevaba en la escarcela y la perdí. Esa ha sido mi desgracia,—añadió Mendez;—sino á estas horas estaria yo navegando para España, y tendriais aquí dos carabelas á vuestra disposicion.

—¿Visteis al gobernador?

—Apenas desembarqué.

—¿Y le digisteis el objeto de vuestro viaje?

—Le referí con vivos colores la situacion en que os dejaba.

—¿Y no se mostró condolido?

—Muy condolido... Tanto que yo creí que iba á dar inmediatamente las órdenes oportunas para enviar aquí un par de carabelas; pero reflexionó sin duda, debí parecerle sospechoso, y hablándome con franqueza, me manifestó que estaba decidido á socorrernos; pero que no podia darme pasaje para España, ni enviar buque alguno sin una comunicacion de nuestro jefe. Para que repitiérais vuestra carta, resolví

volver, y puso á mi disposicion una canoa y un indio vigoroso. Los dos nos embarcamos, y al pasar cerca de la costa de una isla caribe fuimos apresados. Mi compañero fué descuartizado por el jefe de la tribu, que se lo adjudicó, y yo he podido escaparme gracias á una estratagema, que no es del caso referir. Así, pues, sin pérdida de tiempo dadme otra carta para el gobernador de Santo Domingo, y para que no se pierda nombrad á otro, y dadle una caona y una copia del pliego; ambos saldremos, y de este modo es fácil que llegue cuando ménos uno de los dos.

Todas estas noticias quitaron á los náufragos el pretexto para formular quejas; pero no disminuyeron la pesadumbre que se habia apoderado de su alma.

No pudiendo murmurar en alta voz, se retiraron á hacerlo formándose en grupos, y Diego Mendez aprovechó aquella circunstancia para contar la verdad á Colon.

Reunidos en consejo él, su hermano Bartolomé, su hijo Fernando y Diego Mendez, convinieron en confiar á Bartolomé Fiesco la mision de pedir nuevamente auxilio á don Nicolás Ovando.

Mendez y Fiesco saldrian al dia siguiente de madrugada, cada cual en una canoa tripulada por diez indios.

Los dos llevarian pliegos iguales para Ovando.

Mendez, que habia perdido la carta de Colon para los reyes, llevaria otra, y apenas dejase á Fiesco en la costa de Santo Domingo, aguardaria oculto la sali-

da de un buque y pediria pasaje á bordo con una orden del almirante.

Fiesco volveria lo más pronto posible con los buques que Ovando enviase en socorro de los náufragos.

Para que el gobernador accediese á sus ruegos, convinieron en autorizar á Fiesco para que officiosamente revelase á Ovando que Colon tenia en sus inservibles carabelas una gran cantidad de oro.

La curiosidad y la codicia podian ser un aguijon poderoso, y este consejo, dado por Mendez, demostró una vez más su gran conocimiento del corazon humano.

Acordado este plan, rogó Colon á su improvisados consejeros que llamasen á Fiesco y le dejasen á solas con él.

Obedecieron la indicacion, y el jóven genovés no tardó en acudir al llamamiento de su compatriota y de su jefe.

Entre tanto, habló Mendez con sus descontentos compañeros.